

Capítulo 7: Con María

1. Lo que yo creo

El Padre quiso encarnar su amor y su vida entre nosotros a través de Jesucristo, que nació de una mujer del pueblo de Nazaret: «Y el nombre de la virgen era María» (Lc 1,27).

Mujer de su tiempo, María es un hito singular del camino de las mujeres en la historia humana. «La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, y su dignidad se relacionan íntimamente con el amor. Un amor que recibe por su femineidad, y que también ella da. Todo esto se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir el ser humano» (Mulieris Dignitatem, 30). María es el final de una larga serie de mujeres que en la Escritura, y en lo escondido de la vida cotidiana del mundo, han hecho posible la entrega y la donación de la vida. Pero también es María el comienzo, junto a las primeras discípulas del Evangelio, de la nueva mujer, la madre de la vida.

Mujer creyente, «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42); mujer de nuestra carne y sangre, en cuya humanidad se hizo carne el Verbo de Dios; mujer que puso los ojos en José, a quién amó y con quien construyó un hogar nuevo: María y José, pareja de amor y de fe, en cuyo seno el Mesías nació y creció «en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

María está, por tanto, en relación directa y estrecha con el misterio salvífico. El Evangelio la presenta unida tanto a la infancia de Jesús, subrayando así el papel de "madre de Jesús", como a la vida pública del Mesías. En ésta tuvo que hacer camino junto a los discípulos, hasta recibir en la cruz el encargo de la nueva maternidad. Escuchando y guardando la palabra en el corazón (Lc 2,19), animó la fe de los seguidores de Jesús.

La Iglesia, al creer y contemplar los misterios de salvación realizados en Jesucristo, pone su mirada atenta en la persona de María, en quien descubre no sólo a la madre de Dios, sino al prototipo de la misma Iglesia, modelo destacadísimo en la fe, la esperanza y el amor. «María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su hijo hasta la cruz» (Lumen Gentium, 58). María es verdaderamente madre de la Iglesia.

El camino de seguimiento de Jesús que el Espíritu impulsa en nosotros es el mismo camino que siguió María con la primera comunidad. Desde el primer sí de su respuesta vocacional (Lc 1,38) hasta Pentecostés, el itinerario espiritual de María es el de la creyente que se abre al Espíritu Santo y al Evangelio. De ahí que no sea posible separar la Palabra de Jesús, el Evangelio, del testimonio de María y de los primeros testigos del resucitado. «Veamos las cosas con los ojos de la fe, y estemos, como María, junto a la cruz» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 568). María ayuda a ser dócil al Espíritu Santo.

Su fe fue servicio con Isabel (Lc 1,39); canción en el Magnificat (Lc 2,46ss); meditación interior ante las palabras de los pastores (Lc 2,19); admiración ante la profecía de Israel (Lc 2,33); acogida con los pueblos que se abren al Mesías (Mt 2,11); y camino, compartiendo el sufrimiento de su pueblo (Mt 2,13-23). María tuvo que seguir a su hijo en la oscuridad y "éxodo de la fe" durante la vida pública del Mesías, sintiendo a la vez la tensión de una familia

que no le comprende y el llamamiento de su hijo a formar parte de su comunidad discipular. «No es difícil, pues, notar en el inicio de la nueva alianza, en María, una particular fatiga del corazón, unida a una especie de noche de la fe, como un velo a través del cual hay que acercarse al Invisible, y vivir en intimidad con el misterio» (Redemptoris Mater, 17). Pero su fe, que fue una búsqueda de amor, también recibió fuerza y alegría, consuelo e impulso, en el encuentro con el resucitado. Las mujeres fueron las que permanecieron cerca de la cruz, y las que le buscaron y encontraron vivo. María estuvo allí compartiendo la esperanza de la comunidad, preparando la llegada del Espíritu.

Al seguir a Jesús, la Familia marianista lo hace con la convicción de tener en María la que nos ayuda a encarnar a Jesús en nosotros. El Padre Chaminade lo ha expresado de la siguiente manera: «Dejarse formar por la ternura maternal de María». En María tenemos también la que impulsa a la fe misionera, tal como aparece en las palabras de María en Caná: «Haced lo que él os diga». María nos convoca y nos envía. «El bautismo y la fe dan comienzo en nosotros a la vida de Jesús, y es ahí donde somos como concebidos por el Espíritu Santo. Nosotros debemos, como el Salvador, nacer de la Virgen María» (G. J. Chaminade).

La espiritualidad marianista tiene en la "Alianza misionera con María" una de las claves del carisma. Aceptar responsablemente la condición de hijo de María es asumir el compromiso de colaborar con ella en su función maternal de alumbrar en la fe a nuevos creyentes. Y también en su función profética de proclamar la grandeza del Dios salvador que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52).

La advocación de María como Inmaculada recuerda, desde los orígenes marianistas, la victoria del Dios-Amor sobre todo mal, conseguida en Jesucristo, por la que María es la primera salvada. Ella es verdaderamente la mujer prometida, la nueva Eva (Gn 3,15), y da a luz al hijo que aplasta la cabeza de la serpiente. Ella es modelo de la Iglesia y madre de los que continúan la lucha por el Reino buscando la victoria de la fe («Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,4).

Los marianistas sabemos que nuestro modo de relacionarnos con María y la intensidad de esta relación es algo carismático en nosotros; es parte fundamental de nuestro carisma. Nuestra fecundidad en la fe y en el amor, tanto la fecundidad personal como la comunitaria, depende de nuestra fidelidad a las exigencias de la misión que tenemos en la Iglesia de marcarla con la presencia y la acción maternal de María. Para lograrlo, tenemos que anunciar a Jesús haciendo conocer, amar y servir a María. Por María nos acercamos a Jesús, y por María logramos «transformar por dentro» y «renovar la misma humanidad» (EN 18). María es para nosotros, y queremos que sea también para los demás, una realidad hondamente humana y santa, que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza (Puebla 291).

María nos encamina siempre hacia Jesús. Ella lo dio al mundo, y sigue acompañando a los discípulos en el seguimiento de Cristo. La conciencia chaminadiana de que nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, es decir, Jesucristo, lleva unida también la presencia de María. Nosotros, como Jesús, somos hijos de María, y participamos del amor de Cristo a su madre. La virtud que fomenta estas relaciones y sentimientos, y que modela nuestra misma oración, se llama piedad filial. Así también,

misteriosamente el hijo nos conduce a la madre. Esta devoción a María es la más evangélica y verdadera, porque es la misma que Jesús ha vivido.

La oración cristiana encuentra en María el modelo de escucha y de respuesta a Dios. Porque ella resume las principales dimensiones de la oración cristiana: es la orante en el silencio, la escucha y la pregunta, tal como aparece en la Anunciación (Lc 1,26-38); la creyente feliz que ora cantando al Dios misericordioso que salva y libera (Lc 1,46-55); la que guarda la Palabra y la medita en su corazón (Lc 2,19;51); la orante que no entiende, pero quiere progresar en la fe del misterio de Jesús (Lc 2,41-50); la que es toda atención a las necesidades de los otros, y pide y convierte la oración en compromiso por el Reino (Jn 2,1-10); la que ora con la comunidad, abriéndose al Espíritu para abrir las puertas al mundo (Hch 1,14). Por todo ello, la Iglesia se dirige a María, ora a María, para que la madre nos lleve al hijo, a Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad.

2. Para hacer el camino

1. "El espíritu de María"

El camino espiritual de seguimiento de Cristo que he emprendido lo hago queriendo conocer y asumir el estilo evangélico de María, lo que nuestra espiritualidad llama "el espíritu de María" (RVSM, 114; RVFMI, I,9). Ese espíritu es el fruto de la acogida del Espíritu Santo en María y en todos nosotros. Es el espíritu de fe, o espíritu interior, capacidad de vivir la vida desde la hondura del misterio de Dios. Espíritu que trae libertad y amor.

Esto significa darse cuenta de lo que el carisma marianista ha ido arraigando en muchas mujeres y muchos hombres a lo largo de nuestra historia: el espíritu evangélico, la cordialidad, la cercanía, la sencillez, la disponibilidad, la sensibilidad, la generosidad, el servicio. Todas esas actitudes que consideramos nuestras virtudes características y que se han encarnado en personas y acciones concretas. Es María la que humaniza y establece las relaciones en el mundo y en la Iglesia. Vivir siguiendo su espíritu es, a la vez, abrirse al Espíritu y tener en cuenta que la persona humana es el primer camino que la Iglesia debe recorrer. La espiritualidad de la encarnación que queremos vivir es, así, lo que María representa de más valioso en la Iglesia (encarnación del Verbo, madre de la nueva humanidad) y una consecuencia de nuestro seguimiento de Cristo y de nuestro identificarnos con él y su Evangelio.

Por otra parte, el espíritu de María se muestra fundamentalmente en su relación con Jesús: como madre, como discípula o creyente en su hijo, y como mujer o nueva madre de los creyentes (la maternidad espiritual de María). Quiero vivir de este espíritu suyo, es decir, de este modelo de relación con Cristo y la Iglesia que María representa.

«Nos hemos comprometido a proclamar el nombre de María y hacerlo honrar en todas partes» (Chaminade, Retiro de 1819, 752). Dar a conocer a María es fundamentalmente dar a conocer el espíritu de María, el estilo evangélico que se desprende de su figura, modelo de todo creyente y madre de la Iglesia.

Sugerencias

1. Los Evangelios nos muestran, en pocas pero expresivas escenas, la persona de María y su relación con la Buena Noticia de Jesús. Entra en el misterio de María con el Nuevo Testamento. Buscando y orando los pasajes, y leyendo algún comentario bíblico sobre éstos.
2. "El espíritu de María" quiere expresar un talante o estilo de vivir el Evangelio y la vida eclesial. Por tanto, se traducirá en gestos o en sensibilidades determinadas. Revisa tu vida y la de tu grupo desde esta perspectiva. ¿Qué es lo que te parece que vives más de este estilo de vida? ¿Y qué tendríamos que ir recuperando o promoviendo? ¿Humanizas con tu palabra y tus hechos?
3. María es memoria de Jesús y memoria del pueblo pobre y sencillo. ¿Cómo te ayuda María a acercarte a Jesús? ¿Qué te cuenta de Jesús? Escúchala y escribe. ¿Te ayuda a estar con los pobres y a quererlos preferencialmente? Comparte con alguna persona que vive en una situación de escasez o miseria o de rechazo.

2. "La oración con María"

Junto con el espíritu evangélico que encarna María, y que yo quiero vivir también, mi oración está modelada por este espíritu y por su persona. La oración es fundamentalmente un diálogo, un encuentro con Dios. Así la vivió María. Pero desde que ella intervino, colaborando en los misterios de la encarnación y la redención, nuestra oración se dirige también a María como madre de Dios y hermana en la fe, por su cercanía única a Jesucristo.

Si los hermanos, la Iglesia, son para mí mediación para el encuentro con Jesús, María tiene en esta comunión de los santos el lugar primero de gracia e intercesión. «Para mí es imposible orar sin María [...]. ¿Quién podría iniciarnos en los misterios de la encarnación y redención sino quien es partícipe de ellos? La unión con María es una disposición indispensable en la oración [...]. Busca, pues en la oración la fuerza que necesitas [...]. María rogará contigo y por ti» (Guillermo José Chaminade, *Escritos Marianos* II, 736-737; 559).

Sugerencias

1. A continuación tienes cuatro expresiones que relacionan a María con la oración. Piensa qué tiene que ver cada dimensión con la realidad de tu vida de fe:

- a - orar como María,
- b - orar con María,
- c - orar a María,
- d - ayudar a otros a orar a través de María.

2. Poetas y músicos nos han ayudado a orar a María. Haz una selección de los poemas, himnos o canciones sobre María que más te gusten. Puedes terminar tu oración diaria con uno de ellos.

3. Canta u ora el Magnificat con María. El Magnificat es espejo del alma de María, y es también el canto que anuncia el nuevo Evangelio que va a llegar con Cristo; bien lo podemos considerar preludeo del Sermón de la Montaña. ¿Qué sentimientos experimentas? ¿Sientes que esas palabras son también tuyas? ¿Te anima la misma confianza de María en la misericordia del Padre? ¿Crees realmente que Dios ensalza a los humildes y derriba de sus tronos a los poderosos? Sueña en cómo va a ser la historia ya que eso está anunciado.

3. "La misión de María"

«Señor, confirma la Alianza que con María hemos contraído». Esta frase, en la oración diaria de consagración marianista, expresa muy bien que nuestra relación con María no es una pura devoción o un conocimiento sobre su figura evangélica. Nuestra espiritualidad es mariana en perspectiva misionera. Nos consagramos a la misión eclesial, haciendo con María una alianza que abarca toda la vida.

La misión de María fue encarnar a Dios en el mundo, hacerlo nacer y crecer en medio de nuestra humanidad; y cuando Jesús fue adulto y llevó a cabo el anuncio del Reino, su misión siguió siendo ayudar a los discípulos a ir hacia él. Jesús mismo llevó a culmen la misión de María desde la cruz, convirtiéndola en madre de los creyentes para seguir ayudando a encarnar a Jesús «de generación en generación». Nosotros, como hijos de María, queremos seguir acompañándola en su misión, que ahora también es la nuestra: encarnar a Jesús en la humanidad, hacer nacer y crecer la fe del Evangelio.

Este compromiso, de carácter permanente y totalizante, lo expresan tanto la vida seglar marianista como los dos Institutos religiosos y la Alianza marial, con signos concretos: la consagración definitiva del laico, la profesión del voto de estabilidad, la renovación diaria de esta entrega.

El camino espiritual marianista quiere terminar siendo un compromiso con María y con la Iglesia para la evangelización, para hacer crecer la fe y para que el mundo tenga vida. «Porque, al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia» (Redemptoris Mater, 43)

Sugerencias

1. Para sacar mayor fruto y consecuencia de la consagración fundamental y primera que es el bautismo, haces tu consagración como seglar o religioso/a. ¿En qué actitudes concretas se muestra eso en tu vida? ¿Por qué te decidiste a hacer esta opción en tu vida?
2. Comenta la "fórmula" de consagración con la que más te identificas cuando te confías a María para llevar a cabo su misión en la Iglesia. Explica lo que para ti significa ese momento de la jornada, y también las palabras y expresiones que mejor expresan tu entrega generosa y tu alianza con María.
3. La "Carta a los predicadores de ejercicios", del Padre Chaminade, es uno de nuestros documentos fundacionales más importantes. En ella aparece el sentido de esta alianza misionera con María. Dedicar algún día a leerla y meditarla.

3. Caminos de oración

LA "LECTIO DIVINA"

Qué es

1. Con la expresión "Lectio divina" se conoce en la Iglesia el método de orar que se basa en la Sagrada Escritura: «Es un ejercicio ordenado y metódico de escucha personal de la Palabra de Dios» (Cardenal Martini).

2. La Biblia es para nosotros el gran tesoro: la revelación de Dios a su pueblo, sus palabras de vida, y la experiencia de fe y de encuentro de ese pueblo con el Señor. La Palabra de la Escritura es la gran fuente de la oración de la Iglesia: El Concilio Vaticano II «*recomienda insistentemente la lectura asidua de la Escritura para que los cristianos adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8), porque "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (san Jerónimo). A la lectura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras" (san Ambrosio)*» (Dei Verbum, 25).

3. La espiritualidad monástica, comenzando por la benedictina, ha sido la que ha definido y transmitido con más precisión el método. Guido el Cartujo resumió el itinerario con estas palabras: «Buscad leyendo y encontraréis meditando; llamad orando y os abrirán contemplando». De origen monástico, la "Lectio divina" se ha popularizado y extendido por toda la Iglesia.

4. En esas cuatro notas de la frase de Guido el Cartujo se contiene el movimiento ascendente del método, que se completa con otras cuatro etapas: la preparación a la oración (*statio*), el movimiento descendente de la palabra confrontada (*discretio*), la palabra compartida (*collatio*) y la palabra hecha vida (*actio*). Aquí solamente propondremos el método resumido.

5. Al emplear el método de la "Lectio divina", pensemos que María es el modelo evangélico de esta oración, al guardar la Palabra y meditarla en su corazón.

Cómo orar

1. *Disposición interior. Hago silencio. Me pongo a la espera de la presencia, Dios y yo.*

2. *Tomo la Biblia en las manos un momento. Tomo conciencia de ella como Palabra de Dios. La beso despacio. Puedo encender una vela, y pedir al Espíritu que me ilumine. Pido a María que yo sepa escuchar y guardar la Palabra como ella.*

3. *Cuatro pasos del itinerario de la "Lectio divina".*

a) **Lectio** (la Palabra escuchada)

Leo el texto de la Escritura que he elegido o que me ofrece hoy la liturgia; pausadamente, dándome cuenta de lo que leo, comprendiendo lo que dice. También puedo leer las notas o referencias a otros lugares bíblicos.

b) **Meditatio** (la Palabra me interpela)

Qué significado tiene lo que he leído con atención. Qué quiere transmitir el texto como mensaje, como Buena Noticia. Qué me dice Dios a mí. Qué llamada o interpelación a mi vida encuentro en la Palabra.

c) **Oratio** (mi palabra responde a la Palabra)

Se inicia mi diálogo con Dios y su Palabra. Qué le digo yo a Dios. Mi respuesta a lo que El me dice. Se desencadena un coloquio entre El y yo.

d) **Contemplatio** (silencio orante ante la Presencia).

Me callo. Sólo le adoro o le miro. Me dejo mirar por él. Escucha profunda. Me postro. Es el "sin palabras" del amor que contempla o que se queda en el puro amar. «Es no entender entendiendo. Amar no entendiendo cómo ama» (Teresa de Jesús. *Vida*, 18,14). El Señor me envuelve con su acción y es él quien habla y mira, quien sugiere y propone, quien hace y mueve.

«La lectura lleva alimento sólido a la boca,
la meditación lo parte y lo mastica,
la oración lo saborea,
la contemplación es la misma dulzura que da gozo y recrea»
(Guido el Cartujo)

4. *Termino tomando la Biblia en mis manos. Doy gracias por el encuentro con la Palabra y por los frutos conseguidos: haber estado en presencia de Jesús, haber comprendido su mensaje, y quedar bajo la acción del Espíritu. Pido poder encarnar en mi vida, en mi ambiente, en mi trabajo esta Palabra.*

5. *¿Qué ha ocurrido en esta “Lectio divina”? ¿Qué he escuchado? ¿Qué debo hacer? Tomo nota de todo ello.*

4. Un tiempo para la Palabra

El canto de la entrega y la fe - Sam 1,20-2,10

Ana, al entregar al Señor a su hijo Samuel, prorrumpie en este canto de agradecimiento y de fe profunda en el Dios que salva, que guarda evidente relación con el Magníficat de María. Hay que orar esta canción cantando interiormente la liberación que Dios está obrando en ti: Él quiebra tus armas ofensivas y defensivas, te levanta de la situación de caída, te ayuda a morir y a vivir, guarda tus pasos, te hace sentar junto a Jesús. Es un texto para orar desde la gratuidad, ya que su acción salvadora es una obra exclusiva del Señor.

Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: ¡Al Señor se lo pedí! [...]. Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó. Entonces subió con él al templo del Señor de Siló [...], y presentó al niño diciendo: Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. Por eso yo se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo [...]. Y Ana rezó esta oración:

*Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque gozo con tu salvación.
No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.
No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe,
él es quien pesa las acciones.
Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;
los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.
El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.
Él levanta del polvo al desvalido,*

*alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono de gloria;
pues del Señor son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el orbe.
Él guarda los pasos de sus amigos
mientras los malvados perecen en las tinieblas
-porque el hombre no triunfa por su fuerza-.
El Señor desbarata a sus contrarios;
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da fuerza a su rey,
exalta el poder de su ungido.
Ana volvió a su casa de Ramá, y el niño estaba al servicio del Señor a
las órdenes del sacerdote Elí.*

La Virgen dará a luz al Emmanuel - Is 7,1-14

El Señor le da una señal a Acaz: el nacimiento de un hijo al que llamará Emmanuel: "Dios con nosotros". Con esta profecía, Isaías anuncia al reino de Judá que Dios no lo olvida y que los enemigos no podrán hacerle daño. La virgen que está encinta se convierte en una señal de esperanza. También tú tienes miedo de pedirle a Dios una palabra, una señal, ante tus incertidumbres y deseos de felicidad. Pero él mismo te presenta a María como una señal que anuncia la salvación: el nacimiento de Jesús.

Reinaba en Judá Acaz, hijo de Yotán, hijo de Ozías. Rasín, rey de Damasco, y Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel, subieron a Jerusalén para atacarla; pero no lograron conquistarla. Llegó la noticia al heredero de David: los sirios acampan en Efraín. Y se agitó su corazón y el del pueblo, como se agitan los árboles del bosque con el viento. Entonces el Señor dijo a Isaías: Sal al encuentro de Acaz [...], y le dirás: ¡Vigilancia y calma! No temas, no te acobardes [...]. Aunque tramen tu ruina [...], no se cumplirá ni sucederá [...]. Si no creéis, no subsistiréis.

El Señor volvió a hablar a Acaz: Pide una señal al Señor tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo. Respondió Acaz: No la pido, no quiero tentar al Señor. Entonces dijo Dios: Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (que significa "Dios con nosotros").

El Señor es rey en medio de ti - So 3,14-18

Ante la vuelta del destierro, las invitaciones a la alabanza y la alegría son continuas en los profetas. Este pequeño salmo de Sofonías es un grito de júbilo dirigido a la hija de Sión, el pueblo de Dios simbolizado en Jerusalén, la ciudad santa lugar de la presencia del Señor. La Iglesia ha visto personificada en María esta hija de Sión, porque ella es la mujer de Israel elegida para que el destierro acabara y para que nuestro Dios esté en medio de nosotros para

siempre. Ora con María la alegría de tener a Jesús con nosotros. «Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor, danza por ti con gritos de júbilo» (v.17).

*Regocíjate, hija de Sión,
grita de júbilo, Israel,
alégrate y goza de todo corazón, Jerusalén.
El Señor ha cancelado tu condena,
ha expulsado a tus enemigos.
El Señor será el rey de Israel,
en medio de ti, y ya no temerás.
Aquel día dirán a Jerusalén: No temas, Sión,
no desfallezcan tus manos.
El Señor tu Dios, en medio de ti,
es un guerrero que nos salva.
Él se goza y se complace en ti,
te ama y se alegra con júbilo
como el día de fiesta.
Apartaré de ti la amenaza,
el oprobio que pesa sobre ti.*

La señal en el cielo es una mujer - Ap 12, 1-12

El corazón del Apocalipsis. Desde la tierra, donde está la Iglesia comprometida con la lucha por el Reino, sumida en dificultades y persecuciones, se observa, allá en el cielo, una doble señal: por una parte, la mujer aureolada de luz (señal de gloria) que está a punto de dar a luz (la Iglesia dando a luz a Cristo en el mundo); por otro lado, la señal del dragón, la antigua serpiente del Génesis, que sigue en lucha abierta contra la descendencia de la mujer. Un cuadro extraordinario, lleno de colorido de imágenes y, a la vez, de simbolismo. Un fuerte mensaje de ánimo y esperanza. María, la madre de Jesús y de la Iglesia, es una señal, a la vez, de triunfo y de compañía en la lucha que significa la evangelización y el testimonio.

Apareció una señal magnífica en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas. Estaba encinta y gritaba entre los espasmos del parto y por el tormento de dar a luz.

Apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas. Con la cola barrió del cielo un tercio de las estrellas, arrojándolas a la tierra. El dragón estaba enfrente de la mujer que iba a dar a luz, dispuesto a tragarse al niño en cuanto naciera. Dio a luz un varón, destinado a gobernar con vara de hierro a los pueblos. Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios. La mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar reservado por Dios, para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días.

Se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles declararon la guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron, y no quedó lugar para ellos en el cielo [...]. Se oyó una gran voz en el cielo: Ya llegan la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su

Mesías. Porque han derribado al acusador de nuestros hermanos, al que los acusaba noche y día ante nuestro Dios. Ellos lo vencieron con la sangre del Cordero y con la Palabra del testimonio que dieron, sin preferir la vida a la muerte. Por eso alegraos, cielos y los que en ellos habitáis.

Nacido de una mujer, nacido bajo la ley - Gal 4,1-7

El Padre hace entrar a su hijo en el mundo por medio de una mujer, naciendo en las condiciones en que vivía el pueblo de Dios: «bajo la ley». Este es el misterio de la encarnación de Dios, que asume el camino del hombre hasta sus últimas consecuencias, excepto el pecado. Pero este hijo, a la vez de María (de la carne y de la fe del pueblo) y de Dios, va a ser «el que rescata, el santo» (Is 43,14), aquél que nos consigue ser hijos de Dios. Si María es la mujer a través de la cual se encarna Dios, también María, y el Espíritu, que clama Abbá, Padre, harán posible que Jesús se vaya formando en mí y que pueda, con él, gozar de la herencia del Reino de Dios: «heredero por voluntad de Dios» (v. 7).

Mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo pues, aunque es dueño de todo, lo tienen bajo tutores y cuidadores hasta la fecha fijada por su padre. Igual nosotros, cuando éramos menores estábamos esclavizados por lo elemental del mundo. Pero cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su hijo, que clama: ¡Abbá! (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también eres heredero por voluntad de Dios.

Dichoso el vientre que te llevó - Lc 11,27-28

La persona de Jesús atrae y conmueve. Unas veces la respuesta es reconocer que nos ha tocado («nadie habla como él» Jn 7,46); otras, mueve a sentarse a su lado y escucharle todo un día («Maestro, ¿dónde vives?» Jn 1,38); algunos, como esta mujer del pueblo, no pueden contener la admiración que sienten por él. Y, como suele ser habitual en todas las culturas, se bendice a la madre. Es un piropo a la madre por tener tal hijo. Jesús, como suele hacer siempre, lanza al público a una consideración de felicidad más honda. Jesús recoge el grito de la carne para llevarlo a plenitud, para cargarlo de Reino. Porque la felicidad de María no está en la maternidad física del Mesías, sino en ser oyente y encarnadora de la Palabra que es su hijo. La palabra de Cristo te ayuda a comprender el misterio de María, de la Iglesia que está llamada a escuchar y guardar el Evangelio.

Mientras él hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!». Pero él repuso: Mejor, ¡dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!

El nacimiento de Jesús - Lc 2,1-20

El relato del nacimiento de Jesús está construido con mucho detalle y simbolismo: el contraste entre la figura del emperador y la de los pastores, el cumplimiento de la promesa mesiánica en la ciudad natal de David, la cuna-pesebre que anuncia el estilo de vida del Mesías de los pobres, el Evangelio proclamado a los sencillos y marginados del pueblo, los cielos abiertos que cantan la gloria y la paz en la noche santa... No es sólo un texto para orar en Navidad. En cada momento del año se puede acudir a este rincón de la fe, para recuperar la señal. Y la señal es siempre el misterio de Dios, que se ha abajado («Voy a acercarme», «He bajado» Ex 3,3.8) hasta hacerse uno de nosotros, niño, debilidad, carne, camino, muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8). María te ayuda a guardar todas estas cosas y a meditarlas en tu corazón. Orar con María, orar con la Iglesia el misterio asombroso del amor hecho carne, de la Palabra de vida que, existiendo desde el principio, la hemos oído, visto y tocado (1 Jn 1,1-4).

Salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: No temáis, os traigo una gran alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor.

Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que les oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

5. Un tiempo para el carisma marianista

"Hacerla conocer, amar y servir"

La "Carta a los predicadores de ejercicios" titula así su segunda parte: "Lo que distingue al Instituto de María de las otras órdenes religiosas". Guillermo José Chaminade trata de condensar lo específicamente carismático: «atraer los hombres a Jesús por medio de María». La función de María en el misterio de la salvación es motivo de reflexión y, a la vez, símbolo de una propuesta misionera. Este pasaje contiene unos de los fundamentos de la consagración marianista apostólica.

Alguien podría decirme que todas las órdenes religiosas han honrado a María de un modo especial y que se honran de pertenecerle. Respondo diciendo que de ningún modo pretendemos que el culto de la Santísima Virgen sea algo exclusivo nuestro. Eso sería una pretensión absurda, pues nadie ha podido jamás amar al hijo sin amar a la madre, ni nadie ha intentado nunca tender a la perfección evangélica excluyendo de su consagración a Jesús el culto especial a María.

Ahora bien, lo que yo considero el carácter propio de nuestras órdenes, y lo que creo que no tiene precedente en las fundaciones conocidas hasta ahora, es que -lo repito una vez más- nosotros abrazamos el estado religioso en su nombre y para su gloria, para dedicarnos a ella en cuerpo y bienes, para hacerla conocer, amar y servir, convencidos de que no atraeremos a los hombres a Jesús sino por medio de su Santísima Madre. Nosotros creemos, con los santos Doctores, que María es nuestra esperanza, tota ratio spei nostrae, nuestra madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida.

*Añadiré, además, mi querido hijo, que si otras órdenes tienen esto en común con nosotros, debemos felicitarlas, bendecirlas e invitarlas a rivalizar con nosotros en celo y amor para anunciar en todas parte el augusto nombre de María y sus inefables beneficios (Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839, En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 66, n. 77).*

"Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal"

El "Manual del Servidor de María" estuvo en continua reedición durante la vida de Guillermo José Chaminade. En la última edición lleva una introducción llamada "Breve tratado del conocimiento de María": de aquí está tomado este texto, que, a pesar de las imágenes literarias de la época, sigue llegándonos a lo más hondo. Es un pasaje de gran fuerza, que nos hace revivir el espíritu mariano, materno, de nuestros orígenes marianistas. Así creíamos y nos entusiasmábamos con la misión naciente. «María siempre está ahí», como la maternidad que está haciendo nacer a Cristo en ti y en nuestro mundo.

Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal.

Desde la cuna hasta la tumba, en la infancia y en la vejez, en el día de gozo y en la noche de luto, el cristiano lo debe todo a María: la gracia del bautismo y de la educación religiosa; la gracia del perdón y la perseverancia; la gracia de la fortaleza y valor en el combate; la gracia de la protección y

defensa en el ataque; la gracia de refugio y consuelo en la desgracia; la gracia de consejo y sabiduría en la elección de estado de vida y en los quehaceres cotidianos; la gracia para practicar el bien y evitar el mal. Todo lo que tiene por objeto mantener y avivar en nosotros la vida de Jesucristo nos viene de su ternura maternal. Si los sueños de la naturaleza y de los sentidos oscurecen los resplandores de la fe, si la concupiscencia se exagera, si el gusto por las cosas espirituales se debilita, si el pan de vida, las prácticas piadosas y los ejercicios religiosos nos producen hastío, si sopla el viento de la tribulación, si la desgracia derrama su amarga copa, María está siempre ahí, velando con solicitud, haciéndose toda a todos y ayudando con diversos auxilios según las necesidades de cada uno. Ella enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al furioso, toca el corazón del ingrato y no abandona a nadie. Es verdad que la virtud le complace extraordinariamente, pero también el pecador encuentra en ella protección y refugio contra el castigo celestial.

No contenta con esta solicitud general, que llega a todo y a todos, María nos da pruebas singulares de un amor previsor y preocupado de nuestro bien, cuidando de cada uno como si fuera único. Conoce la debilidad humana, sabe que, sobre todo para algunos, no es bueno caminar solos por la vida. Por eso suscita en todas partes asociaciones piadosas que ella protege constantemente (Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María , 1844. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 107-108, nn. 496-497).

Los dos medios formativos de María

El Fundador parte de que Jesús ha confiado a María, como madre nuestra, «la misión de dirigir nuestra educación cristiana». Es una consecuencia clara que él saca de las palabras del mismo Cristo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». La maternidad espiritual es, pues, un misterio que Chaminade desarrolla en clave "educativa" y dándonos dos pistas: el primer medio es la misma vida de María; el segundo, su mediación. Las célebres palabras de san Bernardo parecen unir ambos medios: «Mira la estrella. Invoca a María». Primero, imita a María, mírala, porque «el mejor medio de imitar a Jesús es imitar a María». Al mismo tiempo, tómalala por intercesora, habla con ella, dile dónde falta vino...

Jesucristo está con nosotros. No sólo se ha hecho nuestro modelo para enseñarnos el camino que lleva a la vida, sino que, además, se ha convertido en nuestro alimento, para comunicarnos su fuerza infinita a fin de que podamos caminar tras sus huellas. Además, está en nosotros por la fe, para orar y obrar con nosotros. Por otra parte, ha confiado especialmente a María, porque ella es madre, la misión de dirigir nuestra educación cristiana, como le dirigió a él durante su infancia, para elevarnos, así, a la altura de nuestra vocación [...].

María se esfuerza constantemente en revestirnos de la semejanza de Jesús, procurando que nos identifiquemos con sus pensamientos y sentimientos, para que sea una realidad en nosotros el nombre de cristiano, es decir, discípulo e imitador de Jesucristo. Para ello se sirve de dos medios.

El primer medio de que se sirve María es la voz dulce y poderosa de sus ejemplos. Su vida es una predicación sencilla, elocuente y al alcance de todos. Desde ese punto de vista, después de la santa humanidad del Salvador es el don máspreciado que hemos recibido del cielo [...].

Todas las dificultades desaparecen en presencia de María. Retrato fiel de su hijo, ha reproducido exactamente todas sus virtudes y sentimientos. De esa manera vemos cómo alcanza la semejanza divina una simple criatura, hija de Adán como nosotros, exenta, eso sí, de la mancha original y de sus horribles consecuencias, pero que, aun siendo más privilegiada y perfecta, no es de naturaleza distinta de la nuestra. Así pues, si ella, que es pura criatura, ha podido, en grado tan inefable y sublime, hacerse conforme a Jesucristo y modelo de todos los elegidos, también nosotros lo podremos, en una medida adecuada a nuestra debilidad, con tal de que queramos ser fieles.

Por tanto, María se nos presenta como la copia del divino modelo, copia que debemos reproducir en nosotros mismos. De ahí se deduce que el mejor medio de imitar a Jesús es esforzarse por imitar a María, y que sólo se parecerá al hijo el que se parezca a la madre. Por consiguiente, sólo se salvará quien haya imitado a María en la medida de la perfección querida por la justicia divina. Así se comprende lo fácil que resulta para el hombre de buena voluntad la imitación de Jesucristo. Efectivamente, caminando tras las huellas de María, realiza en sí mismo la semejanza con el Salvador.

El segundo medio que emplea María para llevarnos a la vida de Jesucristo conforme a la voluntad del Padre eterno es su mediación. La Iglesia, los Santos Padres y toda la tradición nos presentan a la augusta Virgen como nuestra abogada y mediadora. Siempre se ha aplicado a Jesús el ejemplo del gran Salomón cuando, en el esplendor de su gloria y sabiduría, confió a su afortunada madre el ejercicio de la autoridad real (1 Re 2, 19 ss.). Por ello los cristianos de todos los tiempos han coincidido en considerar a María su reina, su auxilio, su vida y su esperanza. Pero hay un detalle que a veces pasa inadvertido y que, sin embargo, se debe subrayar, y es que esta mediación es necesaria para la salvación; no en el mismo grado ni el mismo rango que la de Jesucristo, pero sí de un modo real, porque la Providencia así lo ha dispuesto (Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 109-111, nn. 499-503).

"Somos hijos de María"

Este título es una constante en el lenguaje de Guillermo José Chaminade desde los comienzos de la Congregación de la Inmaculada. Primero aparecerá como una afirmación doctrinal, después será ya una denominación de los mismos miembros del Instituto de María. La expresión hijo, o hija, de María tiene un alcance cristológico evidente en el pensamiento de Chaminade. El título es así una clave teológica: «En Ella y por Ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza». Como dice Chaminade, al prolongar las palabras de Cristo en la cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo, que es hijo de tu fe y de mi amor». En resumen, «Hijos de María» es un programa muy hondo: el nuevo nacimiento en el Espíritu (nivel individual) y la renovación eclesial y social (nivel colectivo). Es lo que el Fundador llama «regeneración».

Ese es, a mi juicio, el sentido de las hermosas palabras de Cristo. Al decir al discípulo amado: He ahí a tu madre, quería decir: Ahí tienes a la que te ha engendrado espiritualmente a la fe cuando me concibió corporalmente en su seno virginal. Ella es madre tuya como lo es mía; no de manera igual, pero también por generación.

Del mismo modo, con las palabras que dijo a María: Mujer, ahí tienes a tu hijo, parece decir: Nueva Eva, tu primogénito, tras cumplir su misión, va a volver al Padre. Pero este otro hijo de tu fe y de mi amor no ha realizado todavía la suya. Mujer augusta, esposa de tu primogénito en la obra de la regeneración, yo te lo confío.

Así pues, somos hijos de María. Le pertenecemos como un hijo a su madre. En ella y por ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza, de modo que hemos nacido espiritualmente de María como consecuencia de su inefable unión con Jesucristo, padre de nuestras almas. Sin afán de profundizar ahora en este misterio, me contento con señalar que, cuando el Verbo de Dios se anonadó en el seno de la augusta Virgen bajo la forma de esclavo, al mismo tiempo ella lo concibió, por la fe, en su alma, llegando a ser otro Jesús. Identificada entonces con todos los pensamientos y sentimientos de Jesús, tuvo conciencia de ser la nueva Eva y se ofreció voluntariamente a participar en la operación divina de su hijo de engendrarlos espiritualmente en ella y con ella.

En definitiva, nuestra generación a la vida sobrenatural por medio de María es inenarrable, como la generación eterna del Verbo por el Padre y su generación en el tiempo por la Santísima Virgen. Al meditar cosas tan grandes, saboreemos nuestra fortuna y admiremos con agradecimiento la profundidad de los tesoros de la sabiduría y misericordia divinas (Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 104-105, n.n 489-492).

Elegir y ser elegido: la alianza con María

Es un tema central en la mariología chaminadiana, que aparece en el Retiro fundacional de la Compañía de María (1817). Como suele ser habitual en el Fundador, se parte de un texto bíblico y se aplica analógicamente a María. Así sucede con la alianza. Hemos elegido a María, pero no habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. La acción secreta y misteriosa de Dios se realiza por este «canal activo» que es María. Y se sella con esta alianza de amor y misión, que es uno de los caracteres propios del Instituto.

La íntima y especial alianza con la Santísima Virgen es uno de los caracteres propios del Instituto. Se dan los mismos elementos que en la alianza con Dios: la elección, el compromiso y la asociación, que constituyen una alianza perfecta.

1.º Elección. Hemos elegido a María, bien lo sabemos, y la hemos querido elegir como madre. Pero ¿podemos estar seguros de que esa divina Madre, por su parte, nos ha elegido para hacer de nosotros su familia especial? Es igualmente cierto. No habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. No hemos llegado hasta aquí por nosotros mismos, sino

que se debe a una acción secreta de la Providencia, que ha dirigido nuestra conducta, que ha promovido nuestros resortes, a menudo sin que nos diéramos cuenta, y que nos ha inspirado esta confianza de tomar por madre a la Soberana del mundo. No cabe duda, se trata de la gracia de Dios, y esta gracia, como todas las demás, nos ha venido por María. Podemos estar seguros de que María es como un canal por el que nos llegan todas las gracias de Dios. De su amor hacia nosotros han salido todas las gracias que nos han atraído hacia ella. Así pues, María nos ha elegido y nos ha llamado.

2.º Compromiso. ¿A qué nos hemos comprometido? A honrarla cuanto podamos, a extender su culto y a suscitar en todas partes la confianza y la devoción hacia ella. No hay peligro de que vaya a disminuir la gloria de Dios ni de provocar su celo santo. Jesús ama tiernamente a su madre, y lo más agradable para él es que se la honre como él mismo lo hace. Por su parte, ¿a qué se ha comprometido María? A protegernos, a escucharnos, a amarnos como una madre ama a sus hijos más queridos.

*3.º Asociación. Si María, por el ofrecimiento que le hacemos de nosotros mismos, entra en posesión de nuestro corazón y de todas nuestras facultades, también nos hace entrar en posesión de su ternura, de sus bienes y de su poder (Retiro de 1817 [Retiro fundacional]. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 113-114, nn. 739-742).*

"El espíritu de María"

Esta expresión está en el núcleo mismo de nuestro carisma, hasta tal punto que ha entrado en las Reglas marianistas como sinónimo del "espíritu del Instituto", siguiendo las palabras mismas de Chaminade que aparecen aquí. El "espíritu de María" es el espíritu interior o el "espíritu de fe". Es la interioridad, como capacidad de percibir la realidad a todos los niveles y desde la hondura y lenguaje propios del espíritu de Dios, espíritu de amor. María es el modelo discipular de esta vivencia de la fe. De ahí que sean intercambiables "espíritu de María" y "espíritu de fe". El Retiro de 1821, cuya meditación 18ª trata del "espíritu del Instituto", se convierte así en uno de los documentos más preciosos de nuestro patrimonio carismático.

El espíritu de los hijos de María es un espíritu interior. En esa comunidad, el religioso hace de su alma un templo para el Señor. En él levanta un altar, sobre el que le hace el sacrificio de su voluntad. Nunca pierde de vista la presencia de Dios, y con él conversa dulce y familiarmente, pues Dios ha establecido en él su morada. También hace de su corazón un santuario a María, la capilla de la que se elevan las fervientes oraciones que le dirige. También invoca a san José y recurre a él en sus penas. El espíritu del Instituto es el espíritu de María, esto lo explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María.

Lo esencial es, pues, formar en nosotros el espíritu interior. Pero, ¿por qué medios? Por tres. El primero será formarnos según los rasgos de Jesucristo. El segundo, formarnos en las virtudes, por el ejemplo de la augusta María. El tercero, formarnos con las reglas del Instituto de María, es decir, en los consejos evangélicos. Conviene examinar a menudo la excelencia y la obligación de los compromisos contraídos, las bienaventuranzas, los misterios de la Santísima Virgen, distinguiendo en ellos las virtudes más apropiadas al

Instituto, como su humildad, su fe, su pobreza, su discreción. Hay que esforzarse por comprender bien y practicar los cinco silencios, el recogimiento, la obediencia, el espíritu de mortificación. Hace falta, en una palabra, trabajar de tal modo que, al llegar al término de nuestra vida, podamos decir como Jesucristo: Todo está consumado.

*Los frutos que sacaremos de nuestra fidelidad serán el consuelo de ser los colaboradores de los designios de Dios. El Instituto de María es obra de Dios. Si nosotros, que somos su núcleo, no estamos animados por su espíritu, arruinaremos la obra de Dios y seremos los responsables. Si somos fieles, María misma nos presentará a su adorable Hijo (Retiro de 1821. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 47-48, nn. 765- 767).*

El adviento de María y nuestro adviento

Melania Figarol hizo un largo camino de espera hasta poder profesar como marianista.

Adela, que la acompañó con sus cartas durante años, no llegó a verla como Hija de María, ya que la Fundadora murió seis años antes de profesar Melania. El adviento de Melania. En esta carta, Adela motiva la espera al hilo del año litúrgico. Invita a entrar en el «espíritu de María», espíritu interior, o espíritu de fe, para poder llegar al nacimiento del liberador. ¡Cuántas veces, años después, de Agen a Córcega, meditaría Melania eso de que «Jesús que nace, Jesús en el seno de María, es modelo de la vida consagrada»!

† J.M.J.T.

27 de noviembre de 1818

¡Jesús, nuestro único esposo, te amo!

Desde hace algún tiempo, mi corazón sufre, querida amiga, porque no recibo noticias tuyas. Pienso que estás afligida por algo. Pero, si Dios lo quiere así, ¿no somos bastante dichosas por hacer su voluntad?

Vamos a comenzar el adviento, un tiempo de gracia. Muchas personas harán durante él una rica provisión de méritos para la eternidad. Y nosotras, querida amiga, ¿no haremos nada? Te propongo que nos unamos espiritualmente con nuestra divina madre, e imitemos el recogimiento y la atención que ella tenía en el trato que mantenía con el hijo divino que llevaba en sus entrañas. Hagamos mejor nuestras oraciones, nuestras meditaciones, mantengámonos mejor en la presencia de Dios, multipliquemos nuestras jaculatorias.

Asumiendo el espíritu de la Iglesia, hagamos muchos actos de deseo de que venga el divino liberador; avivemos la conciencia de la necesidad que tenemos de él. Trasladémonos a menudo al seno de María, para estar con este niño celestial. Admiremos los ejemplos que nos prodiga su amor, ejemplos de humildad, de obediencia, de caridad, y tratemos de imitarle en algo.

Jesús en su nacimiento, o en el seno de María, es el modelo de la vida religiosa: él practica ahí la obediencia, la pobreza, la castidad, la clausura, la enseñanza: los cinco votos que hacemos. Pidámosle la gracia de cumplirlos fielmente.

Pero, ¿no se diría que te estoy tratando ya como una de nosotras? ¡Claro que sí! Verdaderamente siento que eres mi hija. Desde que terminaste

tu visita, tenemos dos postulantes: una de veintidós años y otra de dieciocho. Están deseando tener más compañeras.

Me parece que debes confiarte valientemente con tus padres. Tienes que mostrar firmeza y decisión, sin faltarles nunca al respeto y a la sumisión que se merecen en todos los aspectos. Invoca mucho a sus ángeles guardianes y al tuyo. Confía en el Señor. Él sabe el momento en que te quiere hacer salir de Egipto para conducirte al desierto fértil, donde te quiere alimentar con el maná de su propio cuerpo y hacerte beber de la fuente abundante de su sangre. ¿Podrías entonces echar de menos las cebollas de Egipto?

Nuestras hermanas te abrazan, y yo, querida hija, te aseguro mi entrañable afecto.

Sor María

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 329. A Melania Figarol. Tarbes)

6. Orando en el camino

Si hay una oración que no ha estado ausente nunca en el día a día marianista, desde los orígenes, esa oración ha sido el acto de consagración a María. Su texto ha variado a lo largo de estos dos siglos, pero su sentido ha permanecido inalterable: el compromiso de hacer alianza con María, en misión eclesial permanente, para seguir a Jesús a fin de continuar encarnándolo en nuestro mundo.

Es una oración para empezar el día, para entender todo lo que vamos a hacer como parte de esa evangelización de nuestro corazón («ser formados por ella a semejanza de su hijo primogénito»), desde la Iglesia y para la humanidad.

ACTO DE CONSAGRACIÓN A MARÍA

Señor Dios nuestro:

Para salvar a todos los hombres y conducirlos a ti, nos has enviado a tu amado hijo, que se hizo hombre naciendo de la Virgen María.

Concédenos ser formados por ella a semejanza de su hijo primogénito, y ayúdanos a participar en el amor de Cristo para con su madre.

Tú has asociado a María al misterio de tu hijo, para que sea ella la nueva Eva, la madre de todos los vivientes. Confirma la alianza que con ella hemos contraído. Que nuestra consagración prolongue sobre la tierra su caridad maternal, y haga crecer a la Iglesia, cuerpo místico de tu hijo, Nuestro Señor. Amén.